

# Antes y después del 11-S: la Bolivia que yo vi, o cómo respirar en una cámara de gas

## Gonzalo Romero Izarra

Miembro de la Asociación Cultural Candela.

Hacía sólo un año que no regresaba a Bolivia. De lo que sucede en este país de suelo riquísimo hay que saber por las noticias que envían quienes «patean» diariamente el barro de su empobrecimiento. Sí, porque los últimos quince años han sido para los países de América Latina y muy en particular para Bolivia, tiempos de «cambios profundos». A Bolivia se le ha modificado de modo sustancial su estructura social y económica, su régimen político y hasta las formas ideológicas. Esas formas de organizarse que la sociedad en su entraña va dibujando día a día para sobrevivir. Para imaginar su futuro y su presente; para relatar su pasado. Pero estos cambios en Bolivia han causado golpes enormes, han provocado efectos perversos y sus repercusiones se advierten en los grandes conflictos sociales, en el crecimiento de la pobreza, del empobrecimiento y la marginalidad de la mayoría de sus ciudadanos y ciudadanas, que casi ya ni lo son porque sus derechos son fantasmas que recorren un sueño imposible. Se han agravado las desigualdades, cada vez sus hijas e hijos más pequeños vagan con mayor desolación solitaria por las calles solitarias... A la par, el poder del dinero se ha seguido concentrando en menos manos. La economía nacional ha sido puesta a disposición de las multinacionales «bajo el acicate de la urgencia de capitales subastadas las empresas estatales a precios ridículos» y el llamado aparato estatal ha inventado un lenguaje extraño, difícil de comprender incluso por los especialistas, una especie de ingeniería perversa de lo jurídico para facilitar, eso sí, que el capital extranjero campe a sus anchas sin un Estado que lo contemple. Política que avanza cancerosa —si miramos desde la mirada del ochenta y

cinco por ciento del pueblo boliviano— bajo los auspicios y la presión de los organismos de financiamiento y control universal, Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial. Una política que avanza al ritmo perversamente mecánico de las multinacionales que manipulan a su antojo la economía mundial.

Al proceso de globalización algunos bolivianos lo llaman globalitarismo. Y es que los gobernantes, en su pretendido afán de *modernizar* la sociedad boliviana y su Estado, con el pretexto de globalización e inserción en el nuevo espectro internacional, aplican políticas depredadoras a ultranza, entregan los riquísimos recursos naturales, servicios, propiedad de la tierra, divisas, recursos humanos, sobre todo recursos humanos e incluso los ahorros bolivianos a las empresas de afuera, comprometiendo el porvenir de lo más hermoso de esta tierra de contrastes: los que la habitan y la siguen haciendo posible. En Bolivia, quizás experimento de avanzada de la del capital más inhumano, se encuentran los aplicadores más eficientes del proceso global del dinero bestial que sólo se busca y se reproduce a sí mismo, impasible ante el sufrimiento de su masa social, devorando además a quienes han tenido el coraje de expresar su oposición a esta barbarie multitudinaria y doliente.

### De arriba abajo

Recuerdo bien mis primeras impresiones de El Alto. Aquí arriba, de frente, en la Ceja, «la seha», cruce de caminos del altiplano y cruce de pequeños microbuses —«movilidades»— que se agolpan en un caos ordenado, el sol abrasa duro y el frío se cuele hasta la entraña. De dentro de las movilidades asoman los chicos voceadores que por cuatro pesos de supervivencia te anuncian el destino a corto plazo del viaje próximo. En la Ceja están también las *cholas*, —dícese de la

mestiza de sangre occidental e indígena—, esas miles de mujeres encorvadas por el duro sinvivir del intento de vender al por menor lo de dentro del *aguayo* camino a la ciudad de abajo, La Paz. El aguayo, ese tejido rectangular confeccionado en el telar aymara «*sawu*». Y cargan sus objetos y cargan a sus hijitos. Algunos y algunas asoman sus caritas al frío gélido del altiplano alto y plano. Estas cholas modernas, mujeres aymaras de mirada tímida y curtidas por el duro trabajo de sol a sol. Su vestido es un testimonio de ayer y de hoy. Un testimonio vivo de las primeras capitalizaciones de la España imperial. Andan a pasitos cortos y miran hacia abajo. Les duele el cuerpo que más que andar, les pesa. Y allí van... hacia la supervivencia de la calle, rostros del gran mercado callejero de La Paz. Y si te ven extranjero, el precio de sus mercancías se verá aumentado como un plus de compensación. De rodillas o en cuclillas se las puede ver en la acera de la ciudad. Debajo del *borsalino* les nacen dos largas trenzas que reposan sobre la pollera. Las dos largas trenzas que por orden del virrey Toledo les fue impuesto: el peinado partido al medio para distinguir a las indias de las mestizas y españolas. Yo las imagino orgullosas de sus prendas. Al mediodía humean por los rincones del centro de La Paz sus sopas de choclo, humea el maíz y humea la papa chica y arrugada, el *chuño*. Y allí están ajenas y orgullosas de sombrero negro y fieltro, el *borsalino*. Todo indica que esta prenda se impuso en el gusto de la mujer aymara durante los primeros años del siglo xx. Existe una historia verosímil de que la popularización de estos sombreros comenzó por causa de una remesa equivocada de sombreros hongos masculinos a La Paz y que el revendedor que no quería pérdidas consiguió engatusar a las indias aymaras estos sombreros con la promesa de que su uso garantizaba fertilidad. E hijas e hijas tienen, a montón. Sea como fue-

re, ahí están, agachadas para vender... con el orgullo y la sonrisa de su raza. Con el asentimiento de quien no ha conocido otro horizonte. Muchas de ellas se saben más pobres que antes de ayer, porque entre los surcos de las palmas de sus manos, los pesos bolivianos cada vez valen menos.

Del otro lado de la realidad, el Instituto Nacional de Estadística vocea sus datos: mejoran las cifras del crecimiento, pero no la suerte de los bolivianos y bolivianas. Y es que la tasa de crecimiento de la economía de los primeros meses del 2002 es del orden del 2,89 por ciento, una cifra casi idéntica a la del crecimiento poblacional, por lo que su impacto en el bienestar de la población es nulo. En lo que va de 2002, el conjunto de la población que sobrevive en los márgenes de lo tolerable está peor que en el 2001, no sólo porque el crecimiento económico es demasiado modesto, sino también porque los frutos de esa mayor actividad económica se distribuyen de desigual manera entre la población. La población en Bolivia crece cada año en un 2,74 por ciento, al igual que sus necesidades de alimentación, empleo, educación y salud. Por ello, para que no se deterioren las condiciones de vida de la gente, la economía —es decir, quienes deciden sobre las vidas y haciendas de las personas bolivianas— debe crecer anualmente por lo menos en esa misma proporción y sus beneficios deberían distribuirse en forma equitativa. Caso contrario, la población vive en peores condiciones que antes. Mañana es sólo un paso atrás en la dignidad cotidiana de acercarse a adquirir la comida con la *platita* suficiente. Un despertar de bofetada del mundo de la esperanza y el sueño. Y esto es lo que ocurre en Bolivia desde hace varios años. Los datos del Instituto Nacional de Estadística revelan que el crecimiento de la economía boliviana está sustentado en forma creciente en los sectores que cuentan con inversión

extranjera, como los hidrocarburos, telecomunicaciones y energía, lo que beneficia a segmentos muy reducidos de la población. Otros sectores que han comenzado a recuperarse son los orientados hacia la exportación, como la minería, la industria agropecuaria comercial del oriente amazónico y sudoroso de selva. Pero la industria manufacturera, la agropecuaria campesina, el comercio... permanecen en el estancamiento y la regresión y es en estas actividades donde se concentra la mayor parte de la población que día a día ve deteriorarse su nivel de vida.

#### De abajo arriba

Burrito y Chileno suben de La Paz a El Alto. Cargados con sus cajitas de lustrabotas de frente de las paredes del cementerio. Hoy no les ha ido muy bien. Catorce pesos que se quedan en once porque hay que subir al *proyecto* que les da cobijo para unas noches calientes, una comida que humea y que ellos mismos han de preparar para poder construir juntos un futuro fuera del espacio del alcohol de «noventa» que les soporta el frío pero les destroza el hígado. Burrito ha estado dos semanas más allá que acá. Se le fueron las ganas. Las de comer y las de vivir. Reventó las posibilidades estadísticas de sobrevivir cuando los médicos echaron un vistazo por entre sus «números sanguíneos». Pero aquí está. Acá sigue.

— ¡Ya no somos solitarios! —se dicen el uno al otro mientras suben en la movilidad hacia El Alto.

*Solitarios* es una palabra-definición que se puede leer en las paredes dos o tres cuadras alrededor del hábitat de estos seres humanos acostumbrados a la más dura de las hazañas: la supervivencia de la niñez abandonada. Y no son solitarios porque una mujer se empeñó hace tres años *ahorita*, en acompañarles para, juntos, iniciar una remontada digna de la más esforzada

esperanza. Han construido un hoy digno, hecho de tiempo compartido. Han fabricado un espejo social para quien quiera echar un vistazo. Doris se llama ella. Acostumbrada a luchar por dignificar las condiciones de vida de los presos de las cárceles de San Pedro y Chonchocoro, un buen día fijó su mirada en los lustrabotas de la gasolinera de enfrente del cementerio. Los vio juntos de frío y cepillo, de cajita de madera y grasa negra de lustrar, la grasa que «decora» sus manos. Ella recorría dentro de las movilizadas los barrios de La Paz, los que van de prisión en prisión. Se bajó cuando una mirada cruzó la de Dani, uno de los miles de hijos de la calle que andaba medio muerto cuando aquello. Se agarró a la compañía de Doris como quien se agarra a un sueño. Y del sueño al relato y del relato a la palabra y de la palabra al relato común y del relato común a la posibilidad de crecer. Y creerse que juntos podemos algo y que desde la nada se puede zurcir un camino. Fueron muchos días en los que Dani y Doris fueron dando vida a la posibilidad de comprar un terrenito allá arriba. Con el apoyo de algunos y algunas que creyeron lo mismo, compraron un terrenito en El Alto. Y fueron construyendo. Primero se les impuso la necesidad de hacer una casita para que los chicos, los «solitarios», los catorce numerarios de la *mara* de la gasolinera que habían compartido frío, alcohol, clefa y varios entierros de muerte y llanto, pudiesen dormir en colchón y calor. Buscaron ayuda y la encontraron en un recién salido de San Pedro, esa prisión atroz del centro de La Paz, donde se hacían los caídos por la ley y el desorden del brutal ejercicio del poder que encierra el sistema penitenciario boliviano. Este hombre sabía de las cosas de albañilería y *alquito* más. Subían a ayudarle después una vez que acababa su jornada de trabajo, su jornada de «lustre». Rápidamente, Doris y Dani se dieron cuenta de que era mejor que

ellos mismos, los lustras, abonaran los tres pesos del transporte. Eso les hacía aún más costoso —por la importancia de sentirse parte de un proyecto donde les va la vida— el *viaje*. Pero merecía la pena. Doris reconoció pronto lo crucial de entrelazar procesos de conocimiento y compañía. Conocía a alguna gente de dentro de la cárcel que valoraba con exactitud humana la importancia de echar una mano a estos hijos de nadie.

Este hombre ex preso, albañil y mucho más, fue construyendo la casa que hoy alberga a diez lustrabotas. Y se ha unido de *a poco* más gente, voluntarios y voluntarias. Y ahora tienen agua y otro local donde estudian y comparten preguntas sobre lo que les pasa y se puede distinguir ya lo que van a ser las duchas y los servicios.

Y estos lustrabotas no quieren saber de proyectos impuestos, muy al uso de algunas ONGs. Algunos de los chicos han pasado por esos proyectos de fuera que les imponen horarios y deberes para ser «hombres del mañana». Quieren construir ellos y sentirse parte activa de todas las decisiones. Y Doris y Dani lo saben y van ganándose autoridad a base de compañía y tiempo.

— *¡Qué curioso...!* comenta este albañil salido de la caverna oscura de San Pedro, la cárcel. *Entré por decisión de una autoridad (la Ley 1008), estoy aquí lleno de yeso por decisión de otra autoridad, la de la amistad compartida con Doris y Dani. Empezó a hablarme de la Ley 1008 de los legisladores. Me habló de que hace más de 27 siglos el legislador griego Dracón elaboró un código legal, cuyo excesivo rigor en las penas le hizo célebre porque castigaba acciones leves con sanciones drásticas. Y ante la agudización de las contradicciones sociales internas en la Grecia antigua había aconsejado a los gobernantes de entonces la elaboración de normas jurídicas destinadas a castigar la proliferación de conductas antisociales. Esta fue la ocasión en la que apareció la*

*figura de Dracón, cuya virtud ha sido la de proporcionar leyes iguales para todos, impidiendo que las clases dominantes se sirvieran de la interpretación arbitraria del derecho tradicional en beneficio de sus propios intereses. Pero a pesar de los buenos propósitos de Dracón, sus normas fueron derogadas debido a las inconveniencias encontradas por las clases privilegiadas y además, por su extrema severidad, que precisamente impedía una aplicación funcional dentro de una sociedad conflictuada.*

Son ya tres años desde aquel cruce de miradas valientes en la movilidad. Y quien quiera verles, que vaya. Camino del lago más alto, camino del Titicaca, en la zona conocida como el señor de las Lagunas. Allí andan, allí caminan. Con el orgullo de saber que hay esperanza.

### **El gas como actual relato de la nueva economía**

En Vallehermoso, un barrio desolador de la hermosa Cochabamba de la laguna Alalay, las mujeres lavan arrolladas las ropas de su gente en un riachuelo inmundo donde la empresa de gas vierte nada bueno con total impunidad. El gas. ¡quién no habla de la venta de gas a Estados Unidos en Bolivia! Hay quienes hablan sólo de los posibles puertos de salida. Otros quieren convencer a los bolivianos de esa «mina de oro», mientras muchos ya hablan de que no conviene el precio. Algunos ciudadanos y ciudadanas, habitantes de Tarija —la llamada Andalucía del Sur fronteriza con Argentina— parecen estar felices, porque los yacimientos están allí debajo, bajo los pies que otrora vieron trotar al «moto» Méndez, aquel que les devolvió la dignidad de ser indios. Los estudiosos andan preocupados; los que mandan en el Perú ofrecen alternativas, cuando los gobernantes en Chile y las empresas transnacionales, con la complicidad de políticos bolivianos ya tienen redactado el contrato.

Carlitos Mamani juega en lo alto de un deshojado árbol en Vallehermoso. Su mamá está lavando. Está esperando que alguien le eche una mano en su ojo. Anda tuerto por un virus.

— *¡De aquisito, del río, parece!*, dice mientras juega con sus amigos, a Tarzán.

Me cuentan que *el río* y toda su porquería ha enfermado a miles de cochabambinos. Niños y niñas mayormente. Aquí no hay agua corriente para beber. Unos camiones cisterna pasan de vez en cuando. Las mujeres salen de sus casitas de adobe con varios cubos sostenidos de sus manos, de sus cabezas de trenza sin *borsalino*. Compran esta agua bebible con el dinero que dejan de gatar para dar de comer a su gente. Este negocio del agua potable es un sucio negocio consentido por el anterior alcalde, Manfred, *ahorita* candidato a la presidencia boliviana por el NFR (Nueva Fuerza Republicana). Penan para beber. Beben para sobrevivir. Pagan a precio de oro su supervivencia para que no decaigan los presupuestos del Banco Mundial que ellas no conocen. Carlitos Mamani se está quedando ciego por el virus desconocido.

Del otro lado de Cochabamba existe un Centro crítico que trata de aglutinar a la gente; ofrecer formación y acción comunitaria y radical. Para, juntos, ahondar en la raíz de los problemas, explicarnos lo que nos pasa y hacer algo. El espacio donde reflexionan atiende por CEDIB (Centro de Documentación e Información Boliviana) y en sus estudios concienzudos puede leerse: «que los negocios más rentables del mundo son las armas, el petróleo, el gas y las drogas. Es decir la exportación, transporte y distribución de estos negocios. Y es que la mayoría de las guerras del último siglo se dieron a raíz de la explotación de estos recursos, llamados hidrocarburos, en todos los rincones del planeta. Con el incremento del consumo de energía

